

Los despojos

Charles Baudelaire

Los despojos

La puesta de sol romántica

¡Cuan hermoso es el sol cuando fresco se levanta,
Como una explosión dándonos su buendía!
—¡Dichoso aquél que puede con amor
Saludar su ocaso más glorioso que un ensueño!

¡Yo lo recuerdo!... Lo vi todo, flor, fuente, surco;
Desfallecer bajo su mirada como corazón que palpita...
—¡Acudamos hacia el horizonte, ya es tarde, corramos pronto,
Para alcanzar, al menos, un oblicuo rayo!

Mas, yo persigo en vano al Dios que se retira;
La irresistible Noche establece su imperio,
Negra, húmeda, funesta y llena de escalofríos;

Un olor sepulcral en las tinieblas flota,
Y mi pie miedoso roza, al borde del lodazal,
Sapos imprevistos y fríos caracoles.

Piezas condenadas extraídas de Las flores del mal

Lesbos

Madre de los juegos latinos y de las voluptuosidades griegas,
Lesbos, en la que los besos, lánguidos o gozosos,
Cálidos como soles, frescos como sandías,
Constituyen el ornato de noches y días gloriosos;
Madre de los juegos latinos y de las voluptuosidades griegas,

Lesbos, donde los besos son como cascadas
Que se vuelcan sin temor en los abismos insondables,
Y corren, sollozantes y cacareantes, a borbotones,
Tempestuosos y secretos, hormigueantes y profundos;
¡Lesbos, donde los besos son como las cascadas!

Lesbos, donde las Frinés una a la otra se atraen,
Donde jamás un suspiro queda sin eco,
Al igual de Pafos las estrellas te admiran,
¡Y Venus tiene justo derecho para celar a Safo!
Lesbos, donde las Frinés una a la otra se atraen,

¡Lesbos, tierra de noches cálidas y lánguidas,
Que reflejan en sus espejos, estéril voluptuosidad!
Donde las muchachas de mirar profundo en sus cuerpos amorosos,
Acarician los frutos maduros de su nubilidad;
Lesbos, tierra de noches cálidas y lánguidas,

Deja del viejo Platón fruncirse el ceño austero;
Tú logras tu perdón con el exceso de los besos,
Reina del dulce imperio, amable y noble tierra,
Y de los refinamientos siempre inagotables.
Deja del viejo Platón fruncirse el ceño austero.

¡Tú logras tu perdón del eterno martirio,
Infligido sin cesar a los corazones ambiciosos,
Que aleja de nosotros la radiante sonrisa
Entrevista vagamente al borde de otros cielos!
¡Tú logras tu perdón del eterno martirio!

¿Quién entre los Dioses osará, Lesbos, ser tu juez
Y condenar tu frente palidecida en las empresas,
Si sus balanzas de oro no han pesado el diluvio
De lágrimas que al mar han vertido tus arroyos?

¿Quién entre los dioses osará, Lesbos, ser tu juez?

¿Qué quieren de nosotros las leyes de lo justo y de lo injusto?

¡Vírgenes de corazón sublime, honor del archipiélago,

Vuestra religión como otra cualquiera es augusta,

Y el amor se reirá del Infierno y del Cielo!

¿Qué quieren de nosotros las leyes de lo justo y de lo injusto?

Porque Lesbos, entre todos, me ha escogido sobre la tierra

Para cantar el secreto de sus vírgenes en flor,

Y fui desde la infancia admitido en el negro misterio

De las risas desenfrenadas mezcladas a las sombrías lágrimas;

Porque Lesbos, entre todos, me ha escogido sobre la tierra

Y desde entonces vigilo en la cima del Leucates,

Como un centinela de mirar penetrante y seguro,

Que acecha noche y día, brick, tartana o fragata,

Cuyas formas a lo lejos se estremecen en el azur;

Y desde entonces vigilo en la cima del Leucates

Para saber si la mar es indulgente y buena,

Y entre los sollozos que en la roca repercuten

Una tarde volverá hacia Lesbos, que perdona,

El cadáver adorado de Safo, que partió

¡Para saber si la mar es indulgente y buena!

¡De la máscara Safo, que fue amante y poeta,

Más hermosa que Venus por sus sombrías palideces!

—La mirada de azur vencida es por ojos negros que manchan

El círculo tenebroso trazado por los dolores

De la máscara Safo, que fue amante y poeta!

—Más hermosa que Venus, irguiéndose sobre el mundo

Y derramando los tesoros de su serenidad

Y el centellear de su blonda juventud

Sobre el viejo Océano de su hija encantada;

¡Más hermosa que Venus, irguiéndose sobre el mundo!

—De Safo que murió el día de su blasfemia,

Cuando, insultando el rito y el culto inventado,

Hizo de su bello cuerpo el pasto supremo

De una bestia cuyo orgullo castigó la impiedad

De aquella que murió el día de su blasfemia.

¡Y es desde entonces que Lesbos se lamenta,

Y, malgrado los honores que le rinde el universo,

Se embriaga cada noche con el grito de la tormenta

Que lanzan hacia los cielos sus riberas desiertas!
¡Y es desde entonces que Lesbos se lamenta!

Mujeres condenadas
Delfina e Hipólita

A la pálida claridad de las lámparas mortecinas,
Sobre profundos cojines impregnados de perfume,
Hipólita evocaba las caricias intensas
Que levantarán la cortina de su juvenil candor.

Ella buscaba, con mirada aún turbada por la tempestad,
De su ingenuidad el cielo ya lejano,
Así como un viajero que vuelve la cabeza
Hacia los horizontes azules transpuestos en la mañana.

Sus ojos apagados, las perezosas lágrimas,
El aire quebrantado, el estupor, la mohína voluptuosidad,
Sus brazos vencidos, abandonados cual vanas armas,
Todo contribuía, todo mostraba su frágil beldad.

Tendida a sus pies, tranquila y llena de gozo,
Delfina la cobijaba con ardientes miradas,
Como una bestia fuerte vigilando su presa,
Luego de haberla, desde luego, marcado con sus dientes.

Beldad fuerte prosternada ante la belleza frágil,
Soberbia, ella trasuntaba voluptuosamente
El vino de su triunfo, y se alargaba hacia ella,
Como para recoger un dulce agradecimiento.

Buscaba en la mirada de su pálida víctima
La canción muda que entona el placer,
Y esa gratitud infinita y sublime
Que brota de los párpados cual prolongado suspiro.

—“Hipólita, corazón amado, ¿qué dices de estas cosas?
Comprendes ahora que no hay que ofrendar
El holocausto sagrado de tus primeras rosas
A los soplos violentos que pudieran marchitarlas?”

Mis besos son leves como esas efímeras
Que acarician en la noche los lagos transparentes,
Y los de tu amante enterrarían sus huellas
Como los carretones o los arados desgarrantes;

Pasarán sobre ti como una pesada yunta
De caballos y de bueyes con cascos sin piedad...

Hipólita, ¡oh, hermana mía! vuelve, pues, tu rostro,
Tú, mi alma y mi corazón, mi todo y mi mitad,

¡Vuelve hacia mí tus ojos llenos de azur y de estrellas!
Por una sola de esas miradas encantadoras, bálsamo divino,
De placeres más oscuros yo levantaré los velos
¡Y te adormeceré en un sueño sin fin!”

Mas Hipólita, entonces, levantando su juvenil cabeza:
—“Yo no soy nada ingrata y no me arrepiento,
Mi Delfina, sufro y me siento inquieta,
Como después de una nocturna y terrible comida.

Siento fundirse sobre mí pesados terrores
Y negros batallones de fantasmas esparcidos,
Que quieren conducirme por caminos movedizos
Que un horizonte sangriento cierra por doquier

¿Hemos perpetrado, entonces, un acto extraño?
Explica, si tú puedes, mi turbación y mi espanto:
Tiemblo de miedo cuando me dices: “¡Mi ángel!”
Y, empero, yo siento mi boca acudir hacia ti.

¡No me mires así, tú, mi pensamiento!
¡Tú a la que yo amo eternamente, mi hermana dilecta,
Aunque tú fueras una acechanza predisuelta
Y el comienzo de mi perdición!”

Delfina, sacudiendo su melena trágica,
Y como pisoteando sobre el trípode de hierro,
La mirada fatal, respondió con voz despótica:
—“Entonces, ¿quién, ante el amor, osa hablar del infierno?”

¡Maldito sea para siempre el soñador inútil
Que quiso, el primero, en su estupidez,
Apasionándose por un problema insoluble y estéril,
A las cosas del amor mezclar la honestidad!

¡Aquel que quiera unir en un acuerdo místico
La sombra con el ardor, la noche con el día,
Jamás caldeará su cuerpo paralítico
Bajo este rojo sol que llamamos amor!

Ve tú, si quieres, en busca de un navío estúpido;
Corre a ofrendar un corazón virgen a sus crueles besos;
Y, llena de remordimientos y de horror, y lívida,

Volverás a mí con tus pechos estigmatizados...

¡No se puede aquí abajo contentar más que a un solo amo!”

Pero, la criatura, desahogándose en inmenso dolor,
Exclamó de súbito: —Yo siento ensancharse en mi ser
Un abismo abierto; ¡este abismo es mi corazón!

¡Ardiente cual un volcán, profundo como el vacío!
Nada saciará este monstruo gimiente
Y no refrescará la sed de la Euménide
Que, antorcha en la mano, le quema hasta la sangre.

¡Que nuestras cortinas corridas nos separen del mundo,
Y que la laxitud conduzca al reposo!
Yo anhelo aniquilarme en tu garganta profunda
Y encontrar sobre tu seno el frescor de las tumbas!”

—¡Descended, descended, lamentables víctimas,
Descended el camino del infierno eterno!
Hundios hasta lo más profundo del abismo, allí donde todos los crímenes,
Flagelados por un viento que no llega del cielo,
Barbotean entremezclados con un ruido de huracán.
Sombras locas, acudid al cabo de vuestros deseos;
Jamás lograréis saciar vuestra furia,
Y vuestro castigo nacerá de vuestros placeres.

Jamás un rayo fugaz iluminará vuestras cavernas;
Por las grietas de los muros las miasmas febricentes
Fíltranse inflamándose cual linternas
Y saturan vuestros cuerpos con sus perfumes horrendos.

La áspera esterilidad de vuestro gozo
Altera vuestra sed y enerva vuestra piel,
Y el viento furibundo de la concupiscencia
Hace claquear vuestras carnes como una vieja bandera.

¡Lejos de los pueblos vivientes, errantes, condenadas,
A través de los desiertos, acudid como los lobos;
Cumplid vuestro destino, almas desordenadas,
Y huid del infinito que lleváis en vosotras!

El leteo

Ven sobre mi corazón, alma cruel y sorda,
Tigre adorado, monstruo de aires indolentes;
Quiero, por largo rato sumergir mis dedos temblorosos
En el espesor de tu melena densa;

En tus enaguas saturadas de tu perfume
Sepultar mi cabeza dolorida,
Y aspirar, como una flor marchita,
El dulce relente de mi amor difunto.

¡Quiero dormir! ¡Dormir antes que vivir!
En un sueño tan dulce como la muerte,
Yo derramaré mis besos sin remordimiento,
Sobre tu hermoso cuerpo pulido como el cobre.

Para absorber mis sollozos sosegados
Nada equiparable al abismo de tu lecho;
El olvido poderoso mora sobre tu boca,
Y el Leteo corre en tus besos.

A mi destino, en lo sucesivo, mi delicia,
Yo obedeceré como un predestinado;
Mártir dócil, inocente condenado,
Del cual el fervor atiza el suplicio,

Yo absorberé, para ahogar mi tormento,
El nepente y la buena cicuta,
En los pezones encantadores de ese pecho agudo
Que jamás aprisionó un corazón.

Para aquella que es muy alegre

Tu cabeza, tu gesto, tu aire
Son hermosos como un bello paisaje;
La risa juega en tu rostro
Como una brisa fresca en un cielo claro.

Al pasajero disgusto que rozas
Lo diluye la salud
Que brota cual un destello
De tus brazos y de tus hombros.

Los refulgentes colores
Con que salpicas tus vestidos
Vuelcan en el espíritu de los poetas
La imagen de una danza de flores.

Esos trajes locos son el emblema
De tu espíritu abigarrado;
Loco como yo estoy,
¡Te odio tanto como te amo!

A veces en un hermoso jardín
Donde arrastraba mi atonía,
He sentido, como una ironía,
Al sol desgarrar mi pecho;

Y la primavera y el verdor
Tanto han humillado mi corazón,
Que he purgado sobre una flor
La insolencia de la Natura.

Así yo quisiera, una noche,
Cuando la hora de las voluptuosidades suena,
Hacia los tesoros de tu persona,
Como un cobarde, deslizarme sin ruido,

Para castigar tu carne gozosa,
Para magullar tu seno perdonado,
Y hacerle a tu vientre asombrado
Una herida ancha y profunda,

Y, ¡vertiginosa dulzura!

A través de esos labios recientes,
Más deslumbrantes y más bellos,
Infundirte mi veneno, ¡hermana mía!

Las joyas

La muy querida estaba desnuda, y, conociendo mi corazón,
No había conservado más que sus joyas sonoras,
De las que el rico conjunto le daba el aspecto vencedor
Que tienen en sus días felices las esclavas de los moros.

Cuando arroja danzando su ruido vivaz y burlón,
Este mundo deslumbrante de metal y de piedra
Me encanta extasiándome, y amo con furor
Las cosas en que el sonido se mezcla con la luz.

Así ella estaba, acostada, y dejándose amar,
Y desde lo alto del diván sonreía complacida
A mi amor profundo y dulce como el mar,
Que hasta ella subía como hacia su acantilado

Los ojos fijos en mí, cual un tigre domado,
Con un aire vago y soñador ella ensayaba poses,
Y el candor unido a la lubricidad
Daba un encanto nuevo a sus metamorfosis.

Y su brazo y su pierna y su muslo y sus riñones,
Pulidos, como aceitados, ondulantes como un cisne,
Pasaban ante mis ojos clarividentes y serenos;
Y su vientre y sus senos, esos racimos de mi viña,

Adelantábanse, más mimosos que los ángeles del mal,
Para turbar el reposo en que yacía mi alma,
Y para apartarla de la roca de cristal
En que, serena y solitaria, ella se había asentado.

Yo creí ver unidas por un nuevo diseño
Las ancas del Antíope al busto de un imberbe,
¡Tanto su talle hacía resaltar su pelvis!
¡Sobre su tez leonada y parda el afeitado estaba soberbio!,

—Y habiéndose la lámpara resignado a morir,
Como el hogar sólo iluminaba la estancia,
Cada vez que exhalaba un resplandeciente suspiro,
¡Inundaba de sangre aquella piel colorida de ámbar!

La metamorfosis del vampiro

La mujer, entretanto, de su boca de fresa,
Retorciéndose cual una serpiente sobre las brasas,
Y estrujando sus pechos en la cárcel de su corsé,
Dejó correr estas palabras impregnadas de almizcle:
—“Yo, yo tengo los labios húmedos, y conozco la ciencia
De perder en el fondo de un lecho la antigua conciencia.
Yo enjugo todas las lágrimas sobre mis senos triunfantes,
Y hago reír a los viejos con risa de niños.
¡Reemplazo, para el que me ve desnuda, y sin velos,
La luna, el sol, el cielo y las estrellas!
Yo soy, mi sabio querido, tan docta en voluptuosidades,
Cuando ahogo un hombre entre mis brazos temidos,
O cuando abandono a sus mordeduras mi busto,
Tímida y libertina, y frágil y robusta,
¡Que sobre estos acolchados, desmayándose de emoción,
Los ángeles impotentes por mí se condenarían!”

Cuando hubo de mis huesos succionado toda la médula,
Y yo lánguidamente me volví hacia ella,
Para devolverle un beso de amor, ya no vi más
Que un odre con los flancos viscosos, ¡todo lleno de pus!
Cerré los dos ojos, en mi frío espanto,
Y cuando los reabrí a la claridad viviente,
A mi vera, en lugar del maniquí pujante
Que parecía haber hecho provisión de sangre,
Temblaban tan confusamente restos de esqueleto,
Que ellos mismos producían el sonido de una veleta
O de una muestra, al extremo del vástago de hierro,
Que balancea el viento durante las noches de invierno.

Galanterías

El surtidor

¡Tus hermosos ojos están fatigados, pobre amante!
Quédate mucho tiempo, sin volverlos a abrir,
En esa postura indolente
En que te sorprendió el placer.
En el patio el surtidor que brota
Y no se calla ni de noche ni de día,
Entretiene dulcemente el éxtasis
En que, en esta tarde me sumió el amor.

El haz desparramado
En mil flores,
Donde Febo gozoso
Pone sus colores,
Cae cual una lluvia
De prolongadas lágrimas.

Así tu alma que enciende
El ardiente rayo de las voluptuosidades
Se arroja, rápida y atrevida,
Hacia la amplitud de los cielos encantados.
Luego, ella se derrama moribunda,
En una oleada de triste languidez,
Que por una invisible pendiente
Desciende hasta el fondo de mi corazón.

El haz desparramado
En mil flores,
Donde Febo gozoso
Pone sus colores,
Cae cual una lluvia
De prolongadas lágrimas.

¡Oh tú a quien la noche torna tan bella,
Qué dulce me es, inclinando sobre tus senos,
Escuchar la queja eterna
Que solloza en las fuentes!
Luna, agua sonora, noche bendita,
Árboles que tembláis alrededor,
Vuestra pura melancolía
Es el espejo de mi amor.

El haz desparramado
En mil flores,
Donde Febo gozoso
Pone sus colores
Cae como una lluvia
De prolongadas lágrimas.

Los ojos de Berta

Puedes despreciar los ojos más célebres,
¡Bellos ojos de mi niña, por donde se filtra y huye
Yo no sé qué de bueno, de suave como la noche!
¡Bellos ojos, volcad sobre mí vuestras deliciosas tinieblas!

¡Grandes ojos de mi niña, arcanos adorados,
Os parecéis mucho a esas grutas mágicas
Donde, detrás del montón de sombras letárgicas,
Centellean vagamente tesoros ignorados!

¡Mi niña tiene ojos oscuros, profundos y enormes,
Como tú, Noche inmensa, iluminados como tú!
Los fuegos son estos pensamientos de Amor, mezclados de Fe,
Que chispean en el fondo, voluptuosos o castos.

Himno

A la amadísima, a la muy hermosa
Que colma mi corazón de claridad,
Al ángel, al ídolo inmortal,
¡Salve en la inmortalidad!

Ella se derrama en mi vida
Como un soplo impregnado de sal,
Y en mi alma insaciable
Vierte el sabor de lo Eterno.

Sachet siempre fresco que perfuma
La atmósfera de un caro refugio,
Incensario siempre lleno que humea
En secreto a través de la noche,

¿Cómo, amor incorruptible,
Expresarte con veracidad?
¡Grano de almizcle que yaces, invisible,
En el fondo de mi eternidad!

A la buenísima a la muy hermosa,
Que me infunde alegría y salud,
Al ángel, al ídolo inmortal

¡Salve en la inmortalidad!

Las promesas de un rostro

(A mademoiselle A...)

Yo amo, ¡oh, pálida beldad!, tus pestañas entornadas,
De las que parecen derramarse las tinieblas;
Tus ojos, bien que renegridos, me inspiran ideas
Que no son del todo fúnebres.

Tus ojos, que concuerdan con tus negros cabellos,
Con tu melena elástica,
Tus ojos, lánguidamente, me dicen: “Si tú quieres,
Amante de la musa plástica,

Seguir la esperanza que en ti hemos excitado,
Y todos los gustos que tú profesas,
Podrás comprobar nuestra veracidad
Desde el ombligo hasta las nalgas;

Encontrarás en la punta de ambos senos bien abundantes,
Dos grandes medallones de bronce,
Y bajo un vientre terso, suave como de terciopelo,
Bistre como en la piel de un bonzo,

Un abundante vellón que, verdaderamente, es hermano
De esta enorme cabellera,
Suave y rizada, y que te iguala en espesor,
Noche sin estrellas, ¡Noche oscura!”

El monstruo o el paraninfo de una ninfa macabra

I

En verdad, tú no eres, mi bienamada,
Lo que Veuillot denomina una chiquilla.
El juego, el amor, la buena comida,
Hierven en ti, ¡viejo caldero!
Ya no eres más fresca, amada mía,

¡Mi vieja infanta! Y, empero,
Tus correrías insensatas
Te han dado este brillo abundante
De las cosas que, muy gastadas,
Todavía seducen.

Yo no encuentro monótono
El verdor de tus cuarenta años;
¡Prefiero tus frutos, Otoño,
A las flores banales de la Primavera!
¡No! ¡Jamás eres monótona!

Tu osamenta tiene atractivos
Y gracias particulares;
Yo encuentro extrañas especias
En la cavidad de tus dos saleros;
¡Tu osamenta tiene atractivos!

¡Befa de amantes ridículos
Del melón y de la calabaza!
Yo prefiero tus clavículas
A las del rey Salomón,
¡Y compadezco a esa gente ridícula!

Tus cabellos, como un casco azul,
Sombreadan tu frente de guerrera,
Que no piensa ni se abochorna mucho,
Y además se escapan por detrás,
Cual las crines de un casco azul.

Tus ojos, que parecen lodo
Donde brilla algún fanal,
Reavivados con el colorete de tu mejilla,

¡Lanzan un destello infernal!
¡Tus ojos son negros como el lodo!

Por su lujuria y su desdén
Tu labio amargo nos provoca;
Este labio, es un Edén
Que nos atrae y que nos choca.
¡Qué lujuria! ¡y cuánto desdén!

Tu pierna musculosa y seca
Sabe trepar hasta lo alto de los volcanes,
Y, malgrado la nieve y los desechos,
Bailar los más fogosos cancanes.
Tu pierna es musculosa y seca;

Tu piel ardiente y áspera,
Como la de los viejos gendarmes,
No conoce más el sudor
Así como tus ojos ignoran las lágrimas.
(¡Y, empero, tiene su suavidad!)

II

¡Tonta! ¡Te vas directamente al Diablo!
De buen grado yo iría contigo,
Si esa velocidad espantosa
No me causara cierta emoción.
¡Vete, pues, sola, al Diablo!

Mi riñón, mi pulmón, mi corva
No me permiten más rendir homenaje
A este Señor, como convendría.
“¡Ay de mí! ¡Realmente es una lástima!”
Dicen mi riñón y mi corva.

¡Oh! Sinceramente yo siento
No concurrir a los sabats,
Para ver, cuando pedorrea el azufre,
¡Cómo tú le besas su culo!
¡Oh! ¡Sinceramente yo sufro!

Estoy endiabladamente afligido
De no ser tu antorcha,

Y de pedirte licencia,
¡Llama infernal! Juzga, querida mía,
Cuánto he de estar afligido,

Pues que, desde largo tiempo yo te amo,
¡Siendo tan lógico! En efecto,
Queriendo del Mal buscar la crema
Y no amar sino un monstruo perfecto,
¡Verdaderamente, sí! Viejo monstruo, ¡yo te amo!

Alabanzas de mi Francisca

Yo te cantaré sobre cuerdas nuevas,
¡Oh, mi pequeña corza que te complaces
En la soledad de mi corazón!

Que te engalanen las guirnaldas,
¡Oh, mujer delicada
Que de los pecados nos redimes!

Como de un bienhechor Leteo,
Yo extraeré besos tuyos,
Que están impregnados de amor.

Cuando la tempestad de los vicios
Turbaba todos los caminos,
Tú apareciste, Deidad,

Como estrella salvadora
En los naufragios amargos...
—¡Yo ofrendaré mi corazón en tus altares!

Piscina desbordante de virtud,
Fuente eterna de Juvencio,
¡Vuélveles la voz a mis labios mudos!

Lo que era vil, tú lo has quemado;
Ruda, tú lo has allanado,
Débil, tú lo has afirmado.

En el hambre mi albergue,
En la noche mi lámpara,
Guíame siempre como es debido.

Agrega ahora fuerzas a mis fuerzas.
¡Dulce baño perfumado
Por los más suaves aromas!

Brilla alrededor de mis riñones
¡Oh, cinturón de castidad,
Templado en agua seráfica!;

Patera centelleante de gemas,
Pan realzado de sal, manjar delicado,
Vino divino, ¡Francisca!

Epígrafes

Versos para el retrato de Monsieur Honoré Daumier

Este del cual te ofrendamos la imagen,
Y cuyo arte, sutil entre todos,
Nos enseña a reír,
Este, lector, es un sabio.

Es un satírico, un burlón;
Pero, la energía con la cual
El pinta el Mal y su secuela,
Prueba la belleza de su corazón.

Su risa no es la mueca
De Melmoth o de Mefisto
Bajo la tea viviente de Alecto
Que nos desgarrar, pero que nos hiela.

Su risa, ¡ah! de la alegría
No es más que la dolorosa carga;
¡La suya brilla, franca y amplia,
Cual un signo de su bondad!

Lola de Valencia

Inscripción para un cuadro de Manet

Entre tantas beldades como por todas partes puédense ver,
Yo comprendo bien, amigos, que el deseo vacile;
Pero sí se ve brillar en Lola de Valencia
El encanto inesperado de una joya rosada y negra.

Sobre “Tasso en la prisión”

De Eugenio Delacroix”

El poeta en el calabozo, mal vestido, mal calzado,

Desgarrando compulsivo bajo su pie un manuscrito,
Mide con una mirada que la demencia inflama
La escalera vertiginosa donde se abisma su alma.

Las risas embriagadoras que colman la prisión
Hacia lo extraño y lo absurdo incitan su razón;
La Duda lo rodea, y el Miedo ridículo,
Horroroso y multiforme, alrededor de él circula.

Genio encerrado en un cuchitril malsano,
Estas muecas, esos gritos, esos espectros de los que el enjambre
Revolotea cual torbellino, amotinado detrás de su oreja,

Este soñador que el horror de su yacija despierta,
¡He aquí tu emblema, Alma de los sueños oscuros,
Que la Realidad ahoga entre sus cuatro muros!

Piezas diversas

La voz

Mi cuna se adosaba a la biblioteca,
Babel sombría, donde novela, ciencia, romance,
Todo, la ceniza latina y el polvo griego,
Se mezclaban. Yo era alto como un infolio.
Dos voces me hablaban. La una, insidiosa y firme,
Decía: “La Tierra es un pastel colmado de dulzura;
Yo puedo (¡Y tu placer entonces no tendrá término!)
Procurarte un apetito de igual grosor.”
Y la otra: “¡Ven! ¡oh! ven viajero en los sueños,
Más allá de lo posible, más allá de lo conocido!”
Y ésta cantaba como el viento de las plazas,
Fantasma gemebundo, no se sabe de dónde venido,
Que acaricia el oído y empero lo espanta.
Yo respondí: “¡Sí! ¡Dulce voz!” Es desde entonces
Que data lo que se puede, ¡ah! llamar mi llaga
Y mi fatalidad. Detrás de las decoraciones
De la existencia inmensa, en lo más negro del abismo,
Veo distintamente mundos singulares,
Y, de mi clarividencia, extática víctima,
Arrastro serpientes que muerden mis zapatos.
Y es desde entonces que, semejante a los profetas,
Amo tan tiernamente el desierto y la mar;
Que río en los duelos y lloro en los festejos,
Y encuentro un gusto suave al vino más amargo;
Que tomo con frecuencia los hechos por mentiras,
Y que, los ojos hacia el cielo, caigo en los agujeros.
Pero, la voz me consuela y dice: “Guarda tus sueños;
¡Los sabios no los tienen tan hermosos como los locos!”

Lo imprevisto

Harpagón, que velaba a su padre agonizante
Se dice, soñador, ante esos labios ya blanquecinos:
“¿Tenemos en el granero una cantidad suficiente,
Me parece, de viejos tablones?”

Celimena, arrullante, dice: “Mi corazón es bueno,
Y naturalmente, Dios me ha hecho muy bella”.
—¡Su corazón! ¡Corazón endurecido, ahumado como un jamón,
Recocado en la llama eterna!

¡Un gacetillero fumista, que se cree una antorcha,
Dice al pobre, al cual ha sumido en las tinieblas:
“¿Dónde, pues, percibes tú, a ese creador de Belleza,
Este Desfacedor de entuertos que tú celebras?”

Mejor que todos, conozco cierto voluptuoso
Que bosteza noche y día y se lamenta y llora,
Repitiendo, impotente y fatuo: “¡Sí, yo quiero
Ser virtuoso, dentro de una hora!”

El reloj, a su turno, dice en voz baja: “¡Está maduro
El condenado! Yo no advertí en vano la carne infecta.
El hombre está ciego, sordo, frágil como un muro
Que habita y que roe un insecto!”

Y por otra parte, Alguien que parece, habían todos negado,
Y que les dijo, burlón y fiero: “En mi copón,
¿No habéis, creo, con exceso comulgado,
En la jovialidad de la Misa negra?”

Cada uno de vosotros me ha erigido un templo en su corazón;
¡Habéis, en secreto, besado mi trasero inmundado!
¡Reconoced a Satán en su risa vencedor,
Enorme y feo como el mundo!

¿Habéis, pues, creído, hipócritas sorprendidos,
Que se hace befa del amo, y que con él se trampea,
Y que es natural recibir dos premios,
Ir al Cielo y ser rico?

Es preciso que la caza se pague el viejo cazador
Que se aburrió largo tiempo acechando la presa.
Yo voy a conducirlos a través de la espesura,

Camaradas de mi triste júbilo,

A través del espesor de la tierra y de la roca,
A través del montón confuso de vuestra ceniza,
Hasta un palacio tan grande como yo, de un solo bloque,
Y que no es de piedra deleznable,

Porque ha sido erigido con el universal Pecado,
Y contiene mi orgullo, mi dolor y mi gloria!”
—Entretanto, en lo más alto del universo, encumbrado
Un ángel proclama la victoria

De aquellos cuyo corazón dice: “¡Que bendito sea tu látigo,
Señor! ¡Que el dolor, oh, Padre, sea bendito!
Mi alma entre tus manos no es un vano juguete,
Y tu prudencia es infinita.”

El son de la trompeta es tan delicioso,
En las tardes solemnes de celestiales vendimias,
Que se infiltra como un éxtasis en todos aquellos
De quienes ella entona las alabanzas.

El rescate

El hombre tiene, para pagar su rescate,
Dos campos de toba profundos y ricos,
Que es preciso que remueva y desmunte
Con el hierro de la razón;

Para obtener la menor rosa,
Para arrancar algunas espinas,
Lágrimas amargas de su frente gris
Sin cesar es preciso que riegue;

Uno es el Arte, y el otro el Amor.
—Para rendir el juicio propicio,
Cuando de la estricta justicia
Aparezca el día terrible día,

Será preciso mostrarle granjas
Repletas de mieses, y de flores
Cuyas formas y colores
Ganen el sufragio de los Ángeles.

A una malabaresa

Tus pies son tan finos como tus manos, y tu cadera
Es amplia como para dar envidia a la más bella blanca;
Para el artista indolente tu cuerpo es suave y caro;
Tus grandes ojos aterciopelados son más negros que tu carne.
En las tierras cálidas y azules donde tu Dios te ha hecho carne,
Tu tarea es la de encender la pipa de tu amo,
Colmar los frascos de aguas frescas y de perfumes,
Arrojar lejos del lecho los mosquitos vagabundos,
Y, en cuanto la mañana hace cantar los plátanos,
Comprar en el bazar ananás y bananas.
Todo el día, donde quieres, llevas tus pies desnudos
Y canturreas muy bajo viejas canciones desconocidas;
Y cuando cae la tarde con su manto escarlata,
Posas suavemente tu cuerpo sobre una estera,
Donde tus sueños flotantes están llenos de colibríes,
Y siempre, como tú, son graciosos y floridos.
¿Para qué, niña afortunada, quieres ver nuestra Francia,
Este país pobladísimo al que siega el sufrimiento,
Y, confiando tu vida a los brazos fuertes de los marineros.
Te despidas para siempre de tus queridos tamarindos?
Tú, vestida a medias por muselinas frágiles,
Temblorosa allá, bajo la nieve y el granizo,
¡Cómo llorarías tus ocios dulces y francos,
Si, el corsé brutal aprisionando tus flancos,
Tuvieras que espigar tu cena en nuestros fangos,
Y vender el perfume de tus encantos extraños,
Indolente la mirada, y siguiendo, en nuestras sucias neblinas,
De los cocoteros amados los fantasmas dispersos!

Amor de lo ignoto, jugo de la antigua manzana,
Ancestral perdición de la mujer y del hombre,
¡Oh, curiosidad! siempre les harás
Desertar como hacen los pájaros, esos ingratos,
Del techo que han perfumado los ataúdes de sus padres,
Hacia un lejano espejismo y cielos menos propicios.